

EL PASEO EDITORIAL
MATERIAL PROMOCIONAL
PROHIBIDA SU DIFUSIÓN





EL PASEO EDITORIAL
MATERIAL PROMOCIONAL
PROHIBIDA SU DIFUSIÓN

EL PASEO EDITORIAL
MATERIAL PROMOCIONAL
PROHIBIDA SU DIFUSIÓN

El mundo es nuestro («la novela»)

EL PASEO EDITORIAL
MATERIAL PROMOCIONAL
PROHIBIDA SU DIFUSIÓN

el paseo | bizzarro

EL MUNDO ES NUESTRO

(«la novela»)

LA HISTORIA DEL CABEZA y DEL CULEBRA
CONTADA POR LOS COMPADRES

Con la colaboración de
Pepe Barahona

el paseo, 2024

© MundoFicción Producciones SLU, 2024
© del texto (primera parte): Pepe Barahona, 2024
© de esta edición: EL PASEO EDITORIAL, 2024
www.elpaseoeditorial.com

Colección Bizarro
1.ª edición: octubre de 2024

Fotografías: Ana Medina (fotos de rodaje)
y Pedro Cabañas (fotos y montajes de cartelería)

Diseño y preimpresión: EL PASEO EDITORIAL
Cubiertas y maquetación: Jesús Alés
Corrección: EL PASEO EDITORIAL
Impresión y encuadernación: Imprenta Kadmos

I.S.B.N. 978-84-19188-48-9
DEPÓSITO LEGAL: SE-2236-2024
CÓDIGO THEMA: DNBFI, WH

No se permite la reproducción, almacenamiento o transmisión total o parcial de este libro sin la autorización previa y por escrito del editor. Reservados todos los derechos.

Impreso en España

Índice

El mundo es nuestro (10 años)

Capítulo 1: El Cabeza	17
Capítulo 2: El Culebra	24
Capítulo 3: Las paellas del chef Alfonso	33
Capítulo 4: Una trilogía sevillana	36
Capítulo 5: Lo que cuenta es el final	46
Capítulo 6: Un millón de euros	54
Capítulo 7: Tribulaciones de encontrar un chino en Sevilla	62
Capítulo 8: Conquistando una colina	66
Capítulo 9: Luz, cámara... ¡y acción!	72
Capítulo 10: Las Tres Caídas de Triana	78
Capítulo 11: 87 minutos, los Chichos y Tarantino	86
Capítulo 12: Se busca	89
Capítulo 13: Somos Fermín	96
Capítulo 14: La suerte está echada	99
Capítulo 15: El niño ha nacido muerto	102
Capítulo 16: Fama y fortuna	108

El mundo es nuestro (el guion)	113
--------------------------------	-----

El mundo es nuestro (10 años)

EL PASEO EDITORIAL
MATERIAL PROMOCIONAL
PROHIBIDA SU DIFUSIÓN

*Para mí, el cine tiene mucho parecido con la guerra.
Y yo no he estado nunca en la guerra, ojo, pero sé lo que
es llevar a un montón de gente a conquistar una colina.
Aunque en este caso, más bien éramos vietnamitas
defendiendo lo poco que teníamos.*

ALFONSO SÁNCHEZ
director de *El mundo es nuestro*

(Esta es la historia de cómo se conquistó una colina,
y de las balas que soplaron sobre sus cabezas).

EL PASEO EDITORIAL
MATERIAL PROMOCIONAL
PROHIBIDA SU DIFUSIÓN



CAPÍTULO I: EL CABEZA

La primera vez que Alfonso, de apellidos Sánchez Fernández, vio las bondades de una buena interpretación fue con su madre de protagonista. El barrio, el Polígono Norte de Sevilla, lo frecuentaba una pandilla de chavales marrulleros y, día sí día también, la cosa acababa en gresca. Por aquellos años, el niño Alfonso no tenía la rabia que los años le granjearían, pero ya era un tipo contestatario y rebelde. Tanto como para no tolerar las bravuconadas y embestidas de aquellos zagalones que tomaron la costumbre de incordiarle. Hasta dos veces tuvo que intervenir su madre, a quien la presencia de esos tipejos ya incomodaba. Al tercero, cansada, bajó en bata hasta donde estaban los gamberros y les gritó que se fueran del barrio. Jamás pensó la señora que esos aspirantes a vándalos se le enfrentarían. La situación se fue tensando y el joven Alfonso sintió

que aquello acabaría mal. Jamás imaginó que en mitad del rifirrafe, aquella enfermera cántabra que se había enamorado de un sevillano cuajaría una actuación memorable que resolvería la disputa: «¿No me estáis escuchando el acento!? Yo soy de la ETA. Así que ya sabéis, u os marcháis o pongo una bomba». Y aquellos alborotadores se fueron del barrio para no volver. Eso sí, Alfonso tuvo que sopor-tar durante años el sambenito de ser «el niño de la de la ETA». Qué sabrían los niños del Polígono Norte sevillano de geografía o de terrorismo más allá de lo que decían las noticias. El acento norteño era suficiente para ellos para dar por válidos los argumentos de esa señora en bata que al hablar distaba de los modos de las madres andaluzas.

Ahí, entre las callejuelas del Polígono Norte, aprendió Alfonso que en un escenario hay que arriesgar. Que quien no siente el vértigo, quien no se atreve a indagar para descubrir sus propios límites, no es capaz de dar verdad a un personaje.

Hay barrios que curten más que otros, y vivir entre la barriada de los Príncipes y el Polígono Norte moldeó la personalidad de muchos niños de la generación de finales de los setenta. «Era un sitio muy castigado por la droga», sostiene Alfonso. «Fue la época de la heroína. Los sopor-tales de los edificios estaban abiertos y allí se trapicheaba –sigue–; estaba lleno de yonquis y aprendimos a esquivar las jeringuillas para jugar al balón. Tenía ese punto depresivo, pero era un barrio muy alegre de gente variopinta de Sevilla que habían echado de los arrabales. Había una mezcla extraordinaria: gente de profesiones liberales, gente de pueblo...».

Cuenta Alfonso que en su casa nunca se conoció el rigor de la pobreza que sí vivían quienes le rodeaban. En aquella casa de puertas abiertas durante todo el día y de trasiego de vecinas se comía mejor que bien gracias a la abuela Sabina, la madre de su padre. «Una cordobesa muy, muy guapa.

No fina, ancha. Con pelo y ojos negros. Y muy alegre. Era analfabeta, no sabía leer ni escribir, pero que se buscaba la forma de sacar la casa adelante», relata Alfonso. «Ella pudo haber sido artista. Marchena –Pepe, el cantaor flamenco– la escuchó cantar en Peñarroya-Pueblonuevo, Córdoba, cuando ella era pequeña y le propuso llevársela de gira para un espectáculo, pero mi bisabuela dijo que no. Eso ella lo contaba como una anécdota curiosa. Era lo más cerca que había estado del mundo del espectáculo», recuerda Alfonso. «Yo la conocí, y mucho. Viví con ella durante su vejez y hasta casi su fallecimiento. Y me ocupé de ella».

Como los polos opuestos tienden a atraerse, la joven Sabina se enamoró de un militar que sirvió como chófer y ayudante de cámara del general José Cuesta Monereo, comandante del Estado Mayor en Sevilla, uno de los hombres más poderosos de la capital y al que se le considera el cerebro del golpe de Estado de julio de 1936, aunque la fama fuese del general Queipo de Llano.

Cuenta Alfonso que, pese a las diferencias de caracteres –una aspirante a artista y un militar– la calma siempre reinó en esa casa del Polígono Norte sevillano. Eso sí, cuando había una bronca entre ellos aquello era un terremoto. Él era alto y grande, con bigote y su mascota coronándole la cabeza. «Muy señor», apunta.

«Aquella fue una relación muy peleada por ambos. Tengo la impresión de que hoy sería un matrimonio divorciado. Algo que en la época era impensable. Ya, cuando llegaron a la vejez, estaban muy tranquilitos. Pero mi abuelo había sido un hombre muy duro y el que vivió su dureza fue mi padre, que siempre fue muy contestatario. Era el primer varón y nunca fue una persona dócil. Muy bueno y noble, pero nunca ha sido dócil. Y chocaba con la disciplina que mi abuelo le quería imprimir. Mi padre fue muy rebelde –sentencia Alfonso–; y esa rebeldía la he heredado yo de él».